

# EL VIAJE DEL ESCRITOR FRONTERIZO AL “OTRO LADO”

*The Border Writers Journey to the “Other Side”*

FRANCISCO JAVIER HERNÁNDEZ QUEZADA

Universidad Autónoma De Baja California (México)

hernandezf71@uabc.edu.mx

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2872-8517>

---

DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/mitologias.784>  
vol. 23 | junio 2021 | 119-133

Recibido: 22/03/2021 | Aceptado: 05/06/2021

## Resumen

Este artículo revisa la temática del viaje realizado por escritores de Tijuana al cruzar la frontera México-Estados Unidos y plasmar las percepciones que el Estado de California y algunas de sus ciudades les genera. Tales percepciones se resumen así: aquella que trae consigo la valoración crítica del entorno; aquella que explica el conocimiento de los hábitos y costumbres; aquella que se rige por los aspectos pragmáticos de la cercanía y aquella que exhibe las visiones de quien va y viene de norte a sur y viceversa de forma permanente. En razón de lo cual, la idea es brindar una reflexión de las implicaciones personales del viaje del escritor fronterizo al “otro lado” y del tipo de situaciones que plantea.

## Palabras clave

viaje, frontera, California, Tijuana, escritores

## Abstract

This article reviews the theme of the border trip made by writers of Tijuana when crossing the Mexico-United States border and reflects the perceptions that the state of California and some of its cities generates. Such perceptions are summarized as follows: that which



ISSN: 2014-1130  
Universitat Autònoma de Barcelona

brings with it the critical appraisal of the environment; that which makes explicit the knowledge of habits and customs; that which is governed by the pragmatic aspects of proximity, and therefore minimizes the overtones of spatial referentiality and that which exhibits the visions of who goes and comes from north to south and viceversa permanently. As a result, the idea is to provide a reflection on the personal implications of the border's writer's journey to the “other side” and the kind of situations that it poses.

## Keywords

Trip, Frontier, California, Tijuana, Writers

## Introducción

En *Fronteras reales/Fronteras escritas*, Humberto Félix Berumen ha analizado algunas representaciones literarias del límite binacional México-Estados Unidos, a partir de lo cual ha señalado que lo que se aborda a tal respecto suele ser algo inestable, complejo e indeterminado: algo que pauta interpretaciones diversas, múltiples, contrastivas, definidas por factores como el origen de quien escribe, el tipo de nexos que mantiene con él, su ubicación, su mirada, entre otros. Por ende, estudiar este tema implica partir de la existencia real de un nexo productivo entre dos elementos, en ocasiones concatenados: los elementos espaciales y escriturales, los cuales influyen profundamente en los sentidos de las propuestas creativas al revelar las claves de una materialidad específica, producto de las circunstancias, y favorecer el reconocimiento de un territorio inmenso y heterogéneo donde lo demarcatorio se ramifica, se extiende, se pierde, hasta el punto de aparecer como un todo disímil, carente de definición:

La frontera está entretejida de ficciones y, claro, de metáforas. Por lo que hay que detenerse a pensar en la manera como los autores se acercan, representan, imaginan o hablan acerca de la frontera, o parte de ella; precisamente porque la frontera puede ser tanto un objeto de discurso, un objeto hablado, como el lugar desde el cual se habla. Ya sea como centro del discurso literario, como núcleo temático o como motivo estructurante, pero también como sustrato espacial de la escritura narrativa. (Berumen, 2015: 13)

Si seguimos a Berumen, una de las propuestas narrativas a considerar es la planteada por los escritores fronterizos, luego de darse a la tarea de generar imágenes vividas, sentidas, pensadas, en el espacio binacional: imágenes personales que, de algún modo, remiten a esa dinámica cotidiana que los vincula con un sinfín de prácticas, valoraciones, mitos, relaciones, significados, etcétera, importantes al concebir un texto que apunta hacia el exterior (Estados Unidos), pero también hacia el interior (México) o hacia ambas partes (Estados Unidos-México). Por lo cual, se entiende, esta “frontera vivida” supone una “actitud” que asimila cuestiones como la experiencia líminal, el reconocimiento de los contrastes o la lejanía con el centro del país (la capital-Ciudad de México):

Otra es la actitud de los escritores que residen o vivieron en algunas ciudades del norte del país. No solo porque el lugar de enunciación resulta distinto, sino, también, debido a que la visión narrativa que se tiene de la frontera es notablemente diferente y, pudiéramos decirlo, se haya mucho más cerca de la complejidad que su configuración implica. No necesariamente mejor en términos

literarios, como es claro, sino, apenas, diferente en cuanto a la actitud asumida en cada nuevo relato. Por lo pronto, no existe ninguna suerte de esencialización de la frontera ni la consideran en los términos de una posible metáfora. No parte de una simple abstracción, sino de un espacio social vivido, concreto. Esto es, la valoran como lugares de memoria, ámbitos precisos de identidad cultural o de motivo recurrente de historias que trascendiendo las experiencias locales inciden finalmente en la proyección de ese otro imaginario de la frontera. (101)

Como se entiende, el matiz establecido por Berumen insiste en el aspecto de que el límite México-Estados Unidos tiene implicaciones muy concretas, que fácilmente son reconocidas por aquellos que poseen una experiencia integral de esta; una experiencia vivencial y cotidiana, resultado de la inmersión permanente y activa en ese contexto binacional donde se gestan nexos comerciales y culturales diversos, pero también problemáticas profundas e históricas entre dos naciones cuyos procesos de desarrollo material y económico han sido y son discordantes; y no solo eso: donde se dan cruces descriptivos que refieren un ir y venir ocasional y en otras reiterativo. Vale insistir: desplazamientos literarios que ultiman significados de quienes reconocen procesos de hondo valor y, de acuerdo con Gilberto Giménez, refieren situaciones tensas y conflictivas como las de las “identidades exasperadas en confrontación recírpoca” (2009: 24); o, si se siguen las ideas de Carlos Vélez-ibáñez, manifiestan experiencias comunes en esa entidad contigua y ecológica que es la “Southwest North America (SWNA) region”, la cual

in the present include would include five U.S. states and six northern Mexican states, but more importantly, it shares a common ecology of deserts, valleys, rivers, mountain ranges, and flora and fauna. As a region, it is coupled to an interdependent political economy albeit asymmetrical cultural population [...] the SWNA region is an ecologically unique region that has given rise to diverse and complex modes of production an economy from the pre-Hispanic period to the present. Because of the bifurcation of the political line, the region after its establishment will be regarded as the “northern and southern regions of the larger entity [...]. Such bifurcation created an important contradiction: first, it split the region into two seemingly separate ecologies when they are one; and second, it created two nations glued by nineteenth century industrial capitalism and its present post-industrial version in the twenty-first century. (2017: 11-12)

Por lo anterior, con este trabajo pretendo hacer una revisión de las propuestas literarias de algunos escritores del Estado fronterizo de Baja California, y más específicamente hablando, de la ciudad de Tijuana (o radicados en la misma), que, desde su posición liminar, plasman situaciones específicas del universo limítrofe México-Estados Unidos e integran circunstancias presenciales, recuerdos, anécdotas, visitudes, sensaciones, que remitan a un conocimiento adquirido a través del tiempo y que, al final, aludan al “debate de una existencia que dialoga con ella misma” (Gusdorf, 1991: 15). Insisto: de una “existencia” individual que destaca muchas referencias, entre ellas la de la espacialidad, ya que en la franja fronteriza la imagen de lo regional colige los contrastes, las barreras y las divisiones, de modo que el texto que concibe jamás escapa de una suerte de determinismo geográfico que induce a valorar sus características más visibles en detrimento de aquellas desprendidas del paradigma centralizador (Barrera Enderle, 2014).

En tales términos, mi objetivo es analizar un aspecto de esta colindancia vinculado con lo que los escritores tijuanenses-bajacalifornianos plasman tras cruzar a Estados Unidos y, por lo que comprendo, los mueve a valorar y destacar aspectos materiales y simbólicos de California o de ciudades importantes de ese Estado como los son San Diego y Los Ángeles; que, de igual forma, los hace pensar en su lugar de origen o residencia (Tijuana-Baja California), en virtud de que ir a Estados Unidos es un desplazamiento corto, de pocas horas (o días), que incluso es recurrente y normal y, por tanto, contrasta con la experiencia del trayecto distante y circunstancial, para el cual es necesario abordar un avión, hacer reservaciones y preparar maletas, esto es, para ese viaje que “está siempre motivado por una carencia inicial y el deseo por parte del viajero de hacer suya otra dimensión” (Wolfzettel, 2005: 15). Así, la idea es detenerme en la lógica discursiva de los planteamientos literarios de tales escritores y

partir del argumento de que cuando prestan atención a la temática del *locus* californiano-estadounidense comprenden que su registro formal debe funcionar como examen personal y subjetivo de ese ámbito próximo, posiblemente introyectado, que no obstante se encuentra dividido por un límite internacional que separa dos países y muchas culturas, por decir lo menos.<sup>1</sup> De tal modo, estudio la variable fronteriza del viaje exploratorio, inmediato y próximo, con lo cual asumo que los autores en cuestión hacen suya la realidad habitual del espacio físico tras conocer y distinguir las características de dos realidades que contrastan entre sí y que conforman, a pesar de sus enormes diferencias infraestructurales, una zona metropolitana binacional importante, en donde se gestan y reproducen “intensos procesos económicos, sociales, culturales y emocionales”; asimismo, se entetejen “redes y relaciones familiares o amistosas ancladas en ambos lados” y se incorpora “el otro lado”: ese universo rentable, muchas veces asequible, que “ha tenido un papel importante en la definición de sus espacios, sus ciudades y sus prácticas culturales” (Valenzuela, 2012: 171).<sup>2</sup>

Argumento a la par que cuando me refiero a este viaje de poca distancia retomo la reflexión literaria de Mijail Bajtín, quien señala que una “forma espacial del personaje” o del autor siempre se manifiesta en la estructura interna del texto, sea del tipo que fuere, debido a que la configuración estética que propone descansa en la “unicidad y la insustituidad de mi lugar en el mundo” (Bajtín, 1998a: 29); es decir: la expresión creativa de tal espacialidad se haya condicionada por la relación del escritor con el entorno que, en el presente caso, se revela como ese universo vinculante o restrictivo capaz de englobar no la “carencia inicial” sino muy en especial lo que Berumen definía como “los ámbitos precisos de la identidad” y que aquí marcan, con exactitud, el ejercicio descriptivo del “otro lado”. Un complemento material, un mundo añadido que, tras explorarse literariamente, resume los determinismos frecuentes de la geografía íntima, profunda y vivencial de ese ente a caballo entre dos países, quien, al desplazarse, otea el terreno, lo redescubre y fija para dar cuenta de su cosmovisión.<sup>3</sup> El criterio que tal geografía dual establece reclama, por ende, el acto descriptivo de una “forma espacial”, la recurrencia de una “imagen externa expresada verbalmente”, la “vivencia emocional” de un yo literario que posee “importancia vital y conclusiva”, en términos de que es “expresiva” al tiempo que

1 Según José Manuel Valenzuela, “[...]a vida fronteriza incluye fuertes procesos sociales transfronterizos y transnacionales que comprenden relaciones familiares, además de una poderosa circularidad cultural, en las cuales se recrean fenómenos acompañados del lenguaje, movimientos culturales, culturas juveniles, redes y servicios transfronterizos: la vida también da lugar a grupos sociales diversos como los pueblos indígenas nativos” (2012: 170), a los que hay que sumar, en el caso bajacaliforniano, estadounidenses, mexicanos del resto del país —principalmente de Estados del occidente, centro y sur como Sonora, Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Michoacán, Estado de México, Ciudad de México, Oaxaca y Chiapas—, así como descendientes de origen chino y japonés asentados en la entidad desde principios del siglo XX, y más recientemente migrantes de países centroamericanos (Honduras) y caribeños (Haití).

2 Por lo que toca a la sociedad fronteriza de Tijuana-San Diego, esta dinámica se intensifica claramente si se piensa en que su crecimiento demográfico ha sido constante desde hace varias décadas y que comparado con el de otros puntos fronterizos, tanto de México como de Estados Unidos, es el “más poblado de todos, sin comparación, acercándose a la cifra de 4.3 millones de habitantes (tres en la zona metropolitana de San Diego y uno punto tres en Tijuana y su región). Aún más, en el marco nacional, cada una de estas ciudades tiene un lugar importante. Tijuana es la quinta o sexta ciudad mexicana más importante por su población [y la más alejada del centro del país, desde el punto de vista geográfico], al tiempo que San Diego es la sexta ciudad de Estados Unidos justo después de Nueva York, Los Ángeles, Chicago, Houston y Filadelfia. [...] El tamaño de estas concentraciones urbanas es, a la vez, el que explica la dimensión humana de los intercambios que ahí se producen y por qué la línea que las divide es la que se cruza más veces en el mundo con 20.500.000 vehículos por año” (Zúñiga González, 2011: 289).

3 El planteamiento de esta geografía vivencial se basa en las ideas del antropólogo Marc Augé, quien, como sabemos, ha argumentado que un “lugar antropológico” es un “lugar inscripto y simbolizado [...]. Naturalmente, es necesario que este sentido sea puesto en práctica, que el lugar se anime y que los recorridos se efectúen [...] nosotros incluimos en la noción de lugar antropológico la posibilidad de los recorridos que en él se efectúan, los discursos que allí se sostienen y el lenguaje que los caracteriza”; a la vez, dicho “lugar antropológico” es el que favorece que la escritura de viajes precise reflexiones diversas, que al final hablan de la mirada del sujeto, “donde la soledad se experimenta como exceso o vaciamiento de la individualidad, donde sólo el movimiento de las imágenes deja entrever borrosamente por momentos, a aquél que las mira desaparecer, la hipótesis de un pasado y la posibilidad de un porvenir” (2000: 90-92).

“artísticamente impresionista” (Bajtín, 1998a: 89). Aunado a esta reflexión, no quiero dejar de señalar que la concepción que utilizo para definir el espacio de la “dimensión” fronteriza es aquella que plantea Gilberto Giménez, al basarse en Thomas M. Wilson y Hastin Donnan (2000), y que se reconoce por los siguientes “componentes fundamentales”:

- 1) la frontera propiamente dicha, es decir, la línea fronteriza (border line) que en términos legales y administrativos separa y une simultáneamente a los Estados;
- 2) las áreas o franjas fronterizas (frontier, border areas), zonas territoriales de amplitud variable que se extienden a uno y otro lado de la línea fronteriza, dentro de los cuales la gente negocia una variedad de comportamientos y sentidos asociados a la pertenencia de sus respectivas naciones o estados;
- 3) las estructuras físicas del Estado que demarcan y protegen la línea fronteriza legal, compuestas por agentes e instituciones diversas como los dispositivos de vigilancia, las aduanas, el control de inmigración, las oficinas para la expedición de visas y pasaportes, etcétera, sin excluir los aparatos educativos (educación preescolar y primaria, sobre todo) especialmente diseñados para garantizar la reproducción de la cultura hegemónica y de la identidad nacional supuestamente amenazada (Giménez, 2009: 23-24).

Para efectos de precisar las variables literarias de este trayecto californiano (San Diego-Los Ángeles), realizado por el escritor bajacaliforniano, o radicado en dicho Estado y en una ciudad como Tijuana, enlista las siguientes propuestas, que explicaré enseguida:

- 1) aquella que apela críticamente a la realidad del espacio estadounidense (California), para luego señalar las consecuencias nocivas de la riqueza, del racismo y de la mercantilización de un país que, frente a los demás, se constituye en el modelo de modernización y bienestar a seguir y que, en el ámbito del contexto fronterizo (“border line”), establece esquemas iterativos de exclusión social, especialmente contra los mexicanos u otros extranjeros de origen latinoamericano;
- 2) aquella propuesta que si bien es crítica de lo californiano-estadounidense, se dedica a radiografiar la realidad simbólica y material de la “forma espacial” contigua (“border line”—“border areas”), por tanto, evidencia una labor descriptiva próxima a la etnografía y que por ello configura un registro archivístico de ese universo complementario al del mundo bajacaliforniano-tijuanense;
- 3) aquella que, por su parte, prioriza los beneficios del viaje turístico y que, más que enfocarse en la labor descriptiva del entorno, como complemento del registro de la totalidad “espacial”, se enfoca en los beneficios del trayecto, y por tanto en las “ganancias” obtenidas de la colindancia geográfica con el estado de California y que se vinculan con su oferta comercial y de servicios; y
- 4) por último, aquella que, a diferencia de las anteriores, revela la mirada crítica o contemplativa del escritor que vive y se desenvuelve en ambos lados de la frontera (“border line” - “border areas”), esto es, que se haya inmerso de modo cotidiano en el universo de los contrastes, y dada su movilidad permanente por cuestiones laborales, educativas o familiares, se aleja de la mirada del escritor turista, que solo radica en Baja California (Tijuana) y cruza al “otro lado” (San Diego) por motivos especiales.

Ancladas en el universo Tijuana/Baja California (México)-San Diego/Los Ángeles/ California (Estados Unidos), estas miradas literarias manifiestan matices de una vivencia individual o colectiva que, analizadas en conjunto, expresan variables del *locus* binacional; vale indicar: la plasmación artística de estas miradas, concientemente indagatorias en los procesos culturales, deja entrever los motivos e inquietudes que la “forma espacial” suscita, pero también la certidumbre generada por el habitar un mundo contrastivo que rechaza configuraciones esencialistas o perentorias.

## El viaje crítico

La propuesta crítica del viaje californiano no excluye la celebración de lo estadounidense, ni tampoco el abordaje de sus cualidades o atributos; esto es: su representación creativa no desacredita —*per se*— las características del “otro lado”, comprendido y visto como un universo alterno, o complementario, al que se origina en Baja California-Tijuana. Lo cierto es que la concepción discursiva que brinda, y que incide en “la proyección de ese otro imaginario de la frontera”, revela un objetivo específico y puntual, gracias al cual se subrayan las claves de ese sistema político que, desde el principio, ha sido concebido para establecer mecanismos de control (Hernández Joseph, 2008). Hecho que explica el motivo de que cuando el escritor bajacaliforniano-tijuanense viaja a California-San Diego o Los Ángeles y plasma la implicación de tal experiencia —que es inmediata y reveladora— aproveche el desplazamiento físico para establecer el recuento negativo de la “forma espacial”, resultado de una vecindad deshumanizada y desigual. Evidentemente, el discurso planteado, en este caso, se concibe en el “otro lado” (California), con lo cual busco decir que la creación verbal del escritor bajacaliforniano-tijuanense obedece a los influjos del cruce binacional y al hecho de asumir una perspectiva desde “allá” que le facilita revisar, de forma transversal, los dinamismos contradictorios de un “espacio de interacción entre *culturas desiguales* en conflicto permanente, con efectos de transculturación adaptativa que por lo general no afectan los núcleos duros de las mismas” (Giménez, 2009: 24; cursivas del original).

En ese orden de ideas, el poemario “Visita al país de las máquinas (primavera de 1971)”, de Rubén Vizcaíno Valencia, es un texto ilustrativo, que hace pensar en lo anterior. Publicado por primera vez en *Antología poética (1970-1983)*, manifiesta las impresiones del creador sensible a los problemas sociales (Hernández Quezada, 2019), que justamente se indigna e impacta al ir a San Diego-California y comprobar lo que encarna como ciudad vecina, representativa de un esquema de desarrollo material y económico cuya prioridad es el bienestar del mercado antes que el del ser humano, y que en el caso de sus paisanos hace que muchos vean en él un referente del bienestar.

Por eso en el poema “No es” apunta lo siguiente:

No es un país:  
Es un generador  
de energía. (2017: 59)

Aquí apunta a la reflexión de que Estados Unidos funciona como denegación nacional e identitaria, volcada salvajemente a la productividad y a la despersonalización. O en “Culto a la muerte”, en el que la insistencia en el planteamiento previo lleva a Vizcaíno Valencia a establecer relaciones entre la tecnología y el proceso de destrucción vital, que justifican la invasión militar a otros países menos poderosos:

San Diego no complace  
ni excita,  
(eso lo veo, lo palpo):  
más bien atemoriza.

Equilibrar la vida en este puerto-militar  
requiere  
por cada cuadrilla-piraña-destroyers.

por cada hospital,  
un museo de arte.

El culto al homicidio,

se debe recompensar. (2017: 60-61)

De acuerdo con lo desprendido de la lectura de “Visita al país de las máquinas (primavera de 1971)”, Vizcaíno Valencia indaga en los efectos negativos del “otro lado”, una vez que descubre y cuestiona el destino militar y mecanizado de un territorio que, en primer lugar —y en su opinión—, deshumaniza lo que toca y atrae. Y, en segundo —y al pensar en el lado de *acá* (Tijuana-Baja California)—, causa estragos cotidianos, imborrables, difíciles de solventar, dado que lo más frecuente es que, en el marco de una disparidad material y económica como la que ha existido y existe entre México y Estados Unidos, este último imponga sus leyes y produzca dinamismos perversos que socavan a la población vía el turismo (Berumen, 2011) o la industria maquiladora (Taylor Hansen, 2003).<sup>4</sup>

Menos explícito y esquemático que Vizcaíno Valencia —y por tanto más fino y selectivo al señalar las consecuencias directas de la vecindad Tijuana-San Diego—, Francisco Morales, en *San Ysidro Zone* (2002), sostiene que el “otro lado” es una zona de tránsito hacia la miseria y la muerte, hacia la imcomprensión y la soledad, muy concretamente si se piensa en los marginados-migrantes que huyen del país (México) y descubren, al dar los primeros pasos en el distrito de San Ysidro, que el sueño americano resulta algo prohibido, inalcanzable, más producto de la fantasía que de la realidad. Es por ello que Morales plantea que en ese territorio colindante —el más próximo a la ciudad de Tijuana (“border line”)— se respira una atmósfera asfixiante de terror y odio donde el ejercicio del poder militarizado jamás se esconde, puesto que cualquiera se da cuenta de que ahí el principio político de la exclusión y el control es sistémico, y solo basta la experiencia de cruzar por motivos intrascendentes para comprobar que no todos son bienvenidos:

Tibio el café  
ya me dejaron seco las palabras  
ya vuela el helicóptero del odio  
buscando en la alambrada el pollerío.

Tibio el café  
y en la esquina crepitante del hambre  
el túnel con sus parches  
los miedos y mastines tras de los perros flacos.

El café y el cuenco deportillado enfrián  
sin ternura...

Ah los hombres:  
¡cuánto cerco levantan  
Señor  
Cuánta miseria  
para tanto esqueleto trashumante! (12)

En *Tijuanologías* (2006), Heriberto Yépez “incluye” el “otro lado” para brindar ese referente fronterizo que explicita la lógica denigrante y conflictiva de la espacialidad (Palaversich, 2012). De tal modo, su alusión a San Ysidro se vuelve relevante, pues le permite describir las penurias del turista —no las del “pollerío”—, que ha cruzado a San Diego-California por diversos motivos y se topa con un mundo hostil al tener que “ir al baño a cagar, mear, cambiar de pañal al bebé, masturbarse de ver tantas

4 La vigencia del contenido poético de “Visita al país de las máquinas (primavera de 1971)” y “Culto a la muerte” es notoria. Son poemas que, independientemente de haber sido escritos —que no publicados— hace más de cuatro décadas, reiteran una perspectiva crítica de factores que no han cambiado, por lo menos en lo relativo a la vocación militar del puerto de San Diego o su culto al progreso. Evidentemente, y para efectos de esta reflexión, se entiende que en el contexto fronterizo sí se han generado una serie de transformaciones importantes durante los últimos 30 años, a raíz del endurecimiento de las políticas migratorias y de seguridad por parte de Estados Unidos, motivados por factores como la guerra contra el terrorismo o el narcotráfico, la inseguridad, el covid-19 o la crisis económica.

rubias en la fila o lavarte las manos o la cara” y percibir que todos los lugares presentan “situaciones similares”:

frecuentemente no habrá puertas y tendrás que defecar a la vista de todos los que entren (como en las cárceles); no habrá papel para limpiarte el culo o secarte el glande o la vagina; no habrá agua en los excusados o en los lavamanos; las secadoras de aire no servirán; habrá letreros que indiquen que te laves las manos y procures bajar la palanca; los grifos para lavarte las manos estarán suspendidos y las palancas, averiadas; el mal aroma regirá el ambiente y los botes de basura tendrán mal aspecto (serán una cubeta pegajosa, por ejemplo); no habrá jabón en ninguna parte ni tampoco dignidad. Se trata de los baños de una frontera con el Tercer Mundo, ¿qué esperabas? (Yépez, 2006: 135-136).

En el párrafo anterior se manifiesta la focalización del aspecto escatológico, que, de acuerdo con Bajtín, imbrica imágenes de “rebajamiento” y motivos “topográficos, concretos y perceptibles” dirigidos “hacia el principio de la tierra y del cuerpo que abserven y dan a luz” (Bajtín, 1998b: 334). No obstante, lo que llama la atención es el sentido de la indagación, en virtud de que cuando su autor menciona las dinámicas mundanas del cruce binacional pondera y trae a colación la idea del (mal)trato dirigido a aquel que reside en la “frontera”, o más específico, en el “Tercer Mundo”. Una argumentación que, según lo que he planteado, respecto al viaje cercano, especifica una propuesta escrita donde se descubre la oscuridad del “Golden State”: el malestar que produce como “forma espacial”, la cual no es ajena para quien narra y sabe que las tensiones fronterizas son reales y cotidianas, no circunstanciales ni anecdoticas.<sup>5</sup>

## El viaje documental

La radiografía literaria de la geografía binacional es otra de las variables expuestas por el escritor tijuanense-bajacaliforniano, quien al adentrarse en California realiza una labor descriptiva del espacio limítrofe a partir de la enumeración de sus elementos físicos (geografía, recursos naturales, clima, espacios urbanos, edificios, infraestructura material) y culturales (hábitos, costumbres, alimentación, diversión, etcétera). La descripción radiográfica de esta espacialidad (“border line”—“border areas”), en consecuencia, se aleja del criterio anterior, a la vez que favorece el ejercicio de una escritura referencial que apela a la difusión del *locus* californiano y, de tal modo, de la propia experiencia, como si lo que se buscara fuera subrayar el matiz dialógico del viaje cercano que, a pesar de su cotidianidad y recurrencia, depara el encuentro fortuito con el “allá”. La escritura de este viaje de exploración supone, así, el examen de un mundo geográfico, material e inmaterial, que, en la medida en que se nombra, facilita la plasmación subjetiva del ente creador que sabe que enunciar los visos cotidianos de la “forma espacial” garantiza referir las características de un territorio fronterizo, escindido, contrastante, donde se detectan rupturas y continuidades. En cierto modo, se trata de esa escritura vivencial que muestra sensaciones, puntos de vista, descripciones, recuentos, anécdotas, comparaciones, y que gracias a tal apuesta exhibe algo que rebasa el mundo de la “imaginación, dado que forzosamente se alimenta de lo extraficcional para construir su propio universo” (Peñate Rivero, 2004: 17).

---

5 Otro autor que también ha plasmado el aspecto escatológico del cruce fronterizo Tijuana-San Diego es Martín Romero: escritor bajacaliforniano que, en su libro de cuentos y crónica *La ciudad de Aristófanes* (2012), trata el mismo tema de los baños en el texto “No restroom” con el siguiente énfasis: “Los excusados son un alivio. Daba pena ver a la gente corriendo, poniendo cara de dolor, cruzar las piernas, agarrarse la cosa, inflar los cachetes, hacer bizcos, simplemente porque no había un baño disponible. Y estamos hablando, dicen, del punto fronterizo más visitado del mundo. Tengo la sospecha de que a los migras, además de racistas, les gusta torturar a quienes cruzan la frontera. Todavía estuvierámos en el cerro, no hay problema, solo nos vería el sol o alguna lagartija morbosa” (36).

Interesado en comprender las dinámicas del *locus* fronterizo, Leobardo Sarabia presta atención a aquellos aspectos que se reconocen de inmediato y, sin embargo, tras ser examinados, coligen matices novedosos y singulares, útiles para distinguir las claves de ese “lugar en el mundo” que es el orbe binacional; motivado, luego, por las variables sugestivas de la vecindad interestatal e internacional Baja California-California, señala y revisa los puntos de encuentro, los contrastes y fundamentos de tal proximidad, en aras de explicitar los procesos que los distinguen y determinan como territorios contiguos, importantes para la comprensión del yo y los demás. Esto, en sí, lo percibo en dos de sus libros relacionados con el tema de la franja fronteriza, y que traigo a colación: *Zona de turbulencia* (2006) y *Manual de sobrevivencia en la ciudad T* (2015): libros en los que inspecciona una geografía material, la cual le resulta próxima y asequible, atractiva y singular, y además le brinda las bases para realizar un recorrido causal, que obedece al anhelo de comprender la realidad.

Consecuentemente, en *Zona de turbulencia* la descripción del viaje cercano se efectúa cuando Sarabia habla de las ciudades californianas de San Diego, Los Ángeles, San Francisco y de esa otra urbe si no fronteriza sí próxima a Tijuana-Baja California que es Las Vegas (Nevada), con el objetivo expreso de difundir los pensamientos generales que le suscitan, y encontrar en ellas referentes básicos y necesarios para dibujar el mapa del universo binacional. Bajo esta lógica, entiendo el porqué hace anotaciones como la siguiente, alusiva al funcionamiento de las autopistas californianas, las cuales le sorprenden por su excelente diseño y perdurabilidad, y por la generación de prácticas sociales que indican la alta incorporación tecnológica, planteada ya por Vizcaíno Valencia décadas atrás:

Para nadie es un secreto, los californianos aman a sus autos. En su interior se abstraen, hibernan aislados, defendidos sólo por el estéreo o la mirada que otea curiosa a los otros autos: Mercedes, BMW, Volvos, Toyotas, Hyundais: la confederación de marcas favoritas por el freeway. 5. La cultura de la autopista es una realidad. Esas vastas extensiones de tierra plana o cañones y taludes domesticados, inmediaciones a la playa, son unidas con la precisa álgebra de carreteras y puentes. La vocación de los californianos a aislarse en sus autos la celebran ellos mismos: islotes autosuficientes, de donde vigilan irónicos a sus compañeros de ruta. El peligro para los pocos avisados o distraídos es tomar una ruta equivocada y dar al Valle Central, Sacramento, a Santa Bárbara, a cualquier lugar que no buscas, donde no te esperan. (2006: 69)

De igual modo, en el fragmento que sigue Sarabia subraya el vigor de la comunidad asiática y el tipo de situaciones que padece, al vivir en el contexto de un espacio conflictivo donde las tensiones raciales son recurrentes:

La migración asiática llegó para quedarse. La prensa internacional difundió imágenes del motín angelino; ahí vemos asiáticos rifle en mano defender sus precarios abarrotos, enfrentar a la turba saqueadora con la decisión de experimentados *gunmen*. Son recién llegados a California y tienen claro el camino: combatir en el mercado relativamente nuevo de la computación y del comercio. Han construido en forma casi inmediata el imperio del *software & hardware*. Sostienen una competencia que no se limita al dumping o a la barata. Su esquema de trabajo se orienta a la radical rebaja de precios, la especulación de stocks, la proliferación de expendios de venta, la mimética e inadvertida filtración de enlaces comerciales. Así se han adueñado poco a poco de zonas estratégicas del comercio californiano. Los referidos no son únicamente chinos, sino coreanos, vietnamitas, filipinos, japoneses, tailandenses, entre otras nacionalidades orientales. (2015: 74)

Para Sarabia, el viaje californiano es la posibilidad de comprobar la existencia de un universo tenso; pero también hipermoderno que, frente al bajacaliforniano, contrasta bastante, puesto que ahí se descubre la evidencia material, irreductible, del capitalismo extremo: ese modelo excluyente que, como apuntaba Yépez, remite a la visión estadounidense de la “frontera con el Tercer Mundo”, y que para Sarabia es motivo concreto de registro y reflexión, más que de crítica sistemática, dirigida a denostar el poder.

En términos parecidos, en *Las muchachas sólo quieren divertirse*, Sarabia va del registro del espacio tijuanense —con sus calles y anécdotas populares, con sus celebraciones e iconos— al del cruce fronterizo plasmando situaciones cotidianas como la de subirse al tranvía en el distrito de San Ysidro para observar los hábitos y costumbres de los “contingentes de trabajadores” y otros “desmañanados tripulantes”; transcribo:

En el *trolley*, como en cualquier tren, se entrecruzan vías y destinos. En lontananza, el recorrido propicia el deporte de la curiosidad malsana: se practica espiar vidas como ejercicio certero del tiro al blanco. Para “matar el tiempo” se establecen conversaciones intrascendentes, un diálogo ventajoso con la muchacha guapa de al lado o se hojea por puro trámite el periódico, cuando mucho para confirmar la noticia deportiva del día [...] A medio camino entre San Ysidro y San Diego, la débil luz matinal se filtra por amplios ventanales del *convoy* haciendo más notorio el tráfico vehicular. A todos pone a la defensiva la presencia intempestiva del inspector solicitando el riguroso boleto de abordo. Comienza —ahora sí— la cuenta regresiva para llegar al trabajo. (2006: 23-24)

La escritura del viaje turístico, de pulsión descriptiva y etnográfica, es una variable perceptual del orbe fronterizo, que motiva al autor a observar la realidad circundante, a encotrar en ella signos de ubicación, en el entendido de que cada vez que realiza dicha tarea prodiga imágenes literarias del exterior, y no solo eso: de su devenir como sujeto consciente, que capta, comprende y sistematiza aquello que ve y escucha en el “otro lado” y asume que es relevante compartir. Concebida como expresión formal de una literatura dialógica, que capta señales del afuera bajacaliforniano-tijuanense, evidencia los alcances temáticos de quien sale del país y regresa para contar lo que le sucedió, lo que observó y llamó su atención.

## El viaje pragmático

La escritura del viaje cercano también manifiesta otra propuesta literaria, complementaria a la anterior: aquella que revela los sentidos personales del cruce fronterizo cuando el sujeto creativo se dirige al *locus* californiano pero no para reconocer sus aspectos consustanciales, que lo definen como espacio, sino, más bien, para consumir *in situ* algún tipo de oferta simbólica o material que ahí cobra lugar y satisface una necesidad personal. En concreto, hablo de la escritura turística que refiere objetivos unívocos, trazados desde el principio, y cuyas motivaciones —prácticas— descansan en la utilidad del trayecto, no en su desviación ni mucho menos en su extravío. Ideado, por ende, como relato del cruce dirigido, que pocas veces se desgasta en el registro penetrante de lo local, o que no lo juzga necesario para su fin, muestra las implicaciones rentables y benéficas de la vecindad, sobre todo al anteponer la existencia —generacional— de grupos de consumidores culturales que, más allá de su ubicación, se identifican con productos globales, no sujetos al anclaje territorial, y sí a aquello que pertenece a una “*comunidad interpretativa de consumidores*” relacionada de “modo peculiar con los objetos y la información circulante en las redes internacionales [...] que dan sentido de pertenencia donde se diluyen las lealtades nacionales” (García Canclini, 1995: 50; cursivas del original). En otras palabras, estamos ante la escritura del autor bajacaliforniano-tijuanense que viaja al extranjero (Estados Unidos-California) para adquirir algo (o experimentar algo), y que al relatar el cruce binacional enfatiza la crónica displicente del yo, o sea: la crónica del sujeto enfocado, conducente y “encaminado”, que pocas veces se despista con las muestras contrastivas del color local, dado que sus intereses son claros: asistir a un concierto, ver un filme o ir de compras, entre otros. Aludo, sí, al trayecto orientado, que jamás se desvía; al viaje trazado, enfocado y previsto desde el principio, y que por eso deja de lado lo no conducente, lo secundario o banal; al viaje programático, que no se pierde ni se trastorna y, una vez que concluye, ofrece el objeto de la remuneración.

En tal sentido, el nombre Fran Illich es importante, ya que se trata de un narrador y ensayista tijuanense que, en su libro nemónico *Circa 94* (2010), plasma los “beneficios” del desplazamiento físico-programático de Tijuana a San Diego (y viceversa) antes de la crisis de la “hospitalidad” (Rodríguez Ortiz, 2018); los “beneficios” recurrentes y teleológicos, determinados por el gusto postnacional de esa “comunidad de consumidores” para los cuales las fronteras territoriales son, en el fondo, banalidades políticas que se derriban con facilidad. Por tanto, es notorio que Illich entrelaza un relato generacional que describe y cataloga, por ejemplo, las sensaciones provocadas por la música cuando esta lo traslada al mundo de la abstracción, de lo etéreo e inapresable, y nunca al del color local, plasmado por autores como Yépez o los hermanos Sarabia en los casos anteriores:

La cosa era saber lo que seguiría y adelantarnos a ello. Algo era cierto, debíamos tomar la vida paso a paso, vivirla un segundo por segundo y no jugar con tiempos subjetivos: *fast forwards* y *rewinds*. No entrar en abismos interminables de tiempo durante breves instantes [...] Todo esto me llevaba a un callejón sin salida. Debía buscar la manera de escapar. Éste podía ser el principio. De alguna manera lo fue. Había perdido un día intenso en algún sector de mi cerebro. Éste sería siempre un recuerdo perdido que mis amigos tendrían que recordarme. La mía pudo ser una vida enteramente desperdiciada; pero eso sería algo que nunca permitiré. Sólo se vive una vez, yo viviría más de lo permitido. Esa era mi intención. Odiaba los límites, ¿qué otra cosa podía hacer que pasarme los semáforos en rojo y transgredir todas las leyes? Sólo hacía lo que debía, y eso me divertía. (Illich, 2010: 232)

Otro escritor que también comparte el entusiasmo del viaje cercano, de consumo cultural, es Javier Fernández, quien en diferentes cuentos, ensayos y crónicas se ha detenido en la representación fronteriza de la “forma espacial”, donde los protagonistas descubren que la naturaleza del mundo en el que viven es binacional, hecho que los impulsa a trasladarse de un lugar a otro (de *aquí* para *allá*, de *allá* para *aquí*) sin manifestar reparos que alteren sus procesos grupales de interacción. Seguidamente, ello aclara el que en un texto como “Con tantos Buda” del libro *Seguir a los gansos*, Fernández indique que el determinismo gregario y juvenil de sus personajes los haga formar parte de una especie de “tribu de muñecos metálicos” que se desplazan a San Diego (California) para asistir a conciertos, disfrutar del momento y regresar a Tijuana (Baja California), a tal grado que el conjunto de sus movimientos es parecido al de una parvada de “pájaros urbanos”, carentes de límites:

Somos pájaros urbanos. Inquietos y estridentes. Disfrutamos la sensación de desperdicio. Roer en lo inédito, desprender el celofán de la música nueva. Nuestro criterio difiere, y nos encara, a veces con ferocidad; pero cada fin de semana abordamos el Hyundai pues una buena banda —si es generosa, si se dan las condiciones— muta en el escenario, se convierte en otra. En una mejor. (2014: 15)

A diferencia del viaje anterior, fundamentado en el ejercicio descriptivo del *locus* cultural, es evidente que los ejemplos mencionados exponen un criterio literario que “odia” tanto “los límites”, diría Illich, como los atavismos; cuestión que supone pensar en que el trayecto californiano pierde esa pulsión exploratoria, de reconocimiento contextual, para dar paso a la escritura vinculante, que sobrepasa los límites y que cada vez que expresa su razón de ser “obvia” los rasgos de la espacialidad porque estos, tal vez, carecen de importancia frente a lo esencial, o porque han sido incorporados desde tiempo atrás.

## El viaje de ida y vuelta

La cuarta variable de la representación californiana-estadounidense remite a las vivencias e impresiones de aquel que reside en ambos lados de frontera, no solo en el lado mexicano-bajacaliforniano-tijuanense. Esto es: permite comprender los indicadores literarios de una escritura

dinámica que asimila, regionalmente, las manifestaciones frecuentes del universo binacional, en virtud de que sus menciones y contenidos obedecen al uso creativo de los mismos y, volviendo a Jiménez, viabilizan la problemática de esas “identidades que interactúan en las franjas fronterizas, particularmente del lado hegemónico, [que] lejos de diluirse, de licuefacerse o de reinventarse permanentemente, tienden más bien a exasperarse y a endurecerse en la lucha desigual por la hegemonía o el reconocimiento” (2009: 27). Por tal cuestión, aludir a esta variable trae consigo otra manifestación de la literatura bajacaliforniana-tijuanense que no está atada a un país concreto, sino al contrario, que depende —para su funcionamiento y comprensión— de la existencia de dos realidades nacionales, de dos mundos contrapuestos en los que se establecen relaciones entre sí. Aspecto que, decididamente, implica pensar en la importancia que el estatus migratorio del autor adquiere, o de no ser así, el sentido metropolitano de su “creación”, luego de especificar tensamente: 1) un contenido binacional, 2) escrito por un sujeto binacional, 3) que se mueve en un *locus* binacional (el de México-Estados Unidos, o más específico, el de Baja California-California: Tijuana-San Diego, Tijuana-Los Ángeles...). Lo anterior explica —a la vez— el porqué más que apelarse al criterio del viaje se apele al de la residencia y, en lo tocante a la literatura, se conciba un texto alusivo que incorpora elementos de las propuestas anteriores, pero desde la existencia interior: es decir, desde la asimilación conflictiva del “border line” y de las “border areas”.

Creo que la novela *Mica chueca* de P. J. Sáinz dice mucho de este respecto, en términos de que describe el tema de la residencia binacional y muestra, con amplitud de criterio, el tipo de situaciones cotidianas que se viven en el “otro lado”: situaciones, cabe decir, que contrastan con las del escritor-turista, quien critica, analiza o difumina la realidad gracias a la posición externa y coyuntural que mantiene con California-Estados Unidos. Leamos los siguientes párrafos:

Al ver que le cagan el palo a algún paisita en la High School, te encabronas, casi te peleas con el cagazón porque así se burlaban de ti en sixth grade cuando no sabías cómo decir una palabra, porque así se burlaban de ti cuando se supo que no tenías papeles, que eras indocumentado, porque así se burlaban de ti gritándote *wetback*, mojado, frijolero.

Sabes que entre tú y el paisa recién llegado no hay mucha diferencia: ni tú ni él podrán seguir estudiando en la universidad cuando se gradúen de la high school en unos meses porque los mojarritas como tú y como él, aunque tengan excelentes calificaciones y sean estudiantes sobresalientes, tienen que pagar cuotas más altas, porque los mojarritas como tú y como él no reciben ayuda financiera ni becas para estudiar en la universidad, porque los mojarritas como tú y como él no son bienvenidos en las universidades, porque los mojarritas como tú y como él sólo pueden trabajar de lavaplatos, de eloteros, de paletos, de cocineros, de jardineros, de churreros, de tamaleros, de naranjeros. (2009: 24-25)

*Mica chueca* es una obra del desplazamiento, pero que se diferencia de otras escritas en Baja California por el hecho de que sus argumentos e ideas son producto de la inmersión y permanencia en dos realidades; vale decir: de la vivencia cotidiana que solo se adquiere con el ir y venir constante de sur a norte y de norte a sur. Esto, en consecuencia, contribuye a la representación de aspectos poco glamorosos, extraordinarios o escatológicos, pues se parte del hecho fundamental de que las cosas están dadas en el contexto fronterizo, de que los problemas existen, y frente a ellos lo que los personajes deben hacer, para sobrevivir, es asumir su situación, más que dedicarse a mitologizar la experiencia del “otro lado”. En función de tal determinismo, sostengo que la propuesta binacional consiste en presentar una imagen totalizadora de lo californiano-bajacaliforniano, solo que dejando de lado la reiteración narrativa de su extrañeza y distinción como “forma espacial”, y enfatizando la normalidad de los acontecimientos, muchas veces delineados por la exclusión, el racismo y la falta de oportunidades tanto en Estados Unidos como en México: dos países que, separados por un muro, se convierten en “el” territorio de la movilidad precaria, y obligan al escritor binacional a dar fe de sus circunstancias o la de sus personajes: seres que, como los de Sáinz, padecen un sinfín de maltratos e incomprendiciones y, desde el principio, tanto “aquí” como “allá”, parecieran estar condenados a la marginalidad.

## Conclusiones

Como he argumentado, la literatura bajacaliforniana-tijuanense se acerca al tema de la frontera con bastante normalidad, al resumir las dinámicas de esa “forma espacial” y sus influjos mediatos o inmediatos en la conciencia del creador. Solo insisto en la necesidad de no perder de vista que el acercamiento a tal tema es diferente en cada caso, puesto que las prioridades cambian, se distancian y contraponen al depender de factores diversos, atados a lo que Bajtín define como la “vivencia emocional” y la “unicidad” e “insustituidad de mi lugar en el mundo”; es decir: factores relacionados con esa “vivencia” activa que modela los acercamientos temáticos, y prescribe las prioridades creativas del yo. En general, el punto al que pretendo llegar es al de que el asunto de la frontera México-Estados Unidos admite múltiples interpretaciones y abordajes, situación que obliga a entender que cualquier argumento brindado sobre las características, rasgos, cualidades e indicadores del límite binacional ha de analizarse con cautela, ya que incluso en los casos donde se detectan similitudes los matices cambian, o por lo menos sugieren que aquello que significa lo mismo en realidad es otra cosa, diferente de las demás.

En este artículo, me he enfocado en la descripción fronteriza del *locus* californiano-estadounidense, y he analizado algunos planteamientos de escritores tijuanenses o radicados en Tijuana que, a partir de su ubicación geográfica, hablan del “otro lado”, y expresan lo que sienten y padecen al visitar o vivir en ciudades cercanas como San Diego o Los Ángeles (las emociones y reflexiones que tal desplazamiento les genera). Las conclusiones a las que llego, en lo fundamental, se acercan a las de Berumen, en el sentido de no perder de vista que el nexo espacio-escritura se sustenta en la experiencia personal de la “frontera vivida”; de la geografía propia, asimilada, que, al tiempo que deviene ámbito desarrollo, deviene también tema de reflexión.

Que ¿cuáles son los resultados de estos acercamientos, o *internamientos*, en el ámbito californiano-estadounidense? Ciertamente, quienes indican que las descripciones que el autor hace jamás son neutras u objetivas: al contrario, revelan intenciones, búsquedas, denuestos, imprecaciones, en fin, los planteamientos categóricos de un escritor que expresa su “actitud” ante el exterior. La imagen literaria del espacio californiano no es, por eso, algo rígido ni predeterminado, algo definitivo o esencial, dado que lo que todo acercamiento al ámbito fronterizo revela está sujeto al cambio y a la indeterminación, esto es, a la “vivencia emocional”. A partir de ello se desprende que la imagen literaria de la “forma espacial” dé pie a estampas existenciales, vividas y sentidas, pero siempre oscilatorias y conflictivas, plácidas y asequibles, tal como se observa en los casos analizados, donde el cruce valida los sentidos de la apreciación.

En síntesis, las variables que expresan el acercamiento del yo literario-bajacaliforniano-tijuanense al *locus* estadounidense-californiano (San Diego-Los Ángeles) son cuatro: 1) aquella que refiere implicaciones políticas y por tanto ideológicas de la vecindad, al insistir en las prácticas excluyentes de un espacio social donde, independientemente de los acuerdos, se violenta la relación binacional; 2) aquella que explicita el cuadro de costumbres y la indagación etnográfica, interesada en establecer los elementos principales del universo californiano; 3) aquella que muestra el aspecto pragmático de la cercanía, la cual favorece el consumo de ofertas y productos de carácter generacional, como la música y 4) aquella que exhibe las precariedades y vivencias de quien va y viene del “otro lado” no por motivos turísticos sino residenciales, educativos, laborales, comerciales.

Evidentemente, estas cuatro variables hay que sumarlas a otras que muestran situaciones como las de la migración y la violencia, u otras (el uso del *spanglish* o *code switching*); pero lo cierto es que analizar sus alcances deja entrever la vigencia de intereses distintos, que exploran rutas menos turbias y por ello más asequibles donde lo fundamental es mostrar —a través de la palabra— las visiones del entorno, las sugerencias que hace, sus aspectos fundamentales, en una especie de aproximación íntima al espacio material.

## Bibliografía

- AUGÉ, Marc (2000), *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Mizraji, Margarita (trad.). Barcelona, Editorial Gedisa.
- BAJTÍN, M. M. (1998a), *Estética de la creación verbal*. Bubnova, Tatiana (trad.). México, Siglo XXI.
- BAJTÍN, Mijail (1998b), *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Forcat, Julio y César Conroy (trads.). Madrid, Alianza Editorial.
- BARRERA ENDERLE, Víctor (2014), *Siete ensayos sobre literatura y región*. México, Universidad Autónoma de Nuevo León.
- BERUMEN, Humberto Félix (2011), *Tijuana la horrible. Entre la historia y el mito*. México, El Colegio de la Frontera Norte.
- BERUMEN, Humberto Félix (2015), *Fronteras reales/Fronteras escritas*. México, Instituto de Cultura de Baja California / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- FERNÁNDEZ, Javier (2014), *Seguir a los gansos*. San Bernardino, Static Libros.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México, Grijalbo.
- GIMÉNEZ, Gilberto (2009), “Cultura, identidad y memoria. Materiales para una sociología de los procesos culturales en las franjas fronterizas”, en *Frontera Norte*, vol. 21, n.º 41, pp. 7-32.
- GUSDORF, Georges (1991), “Condiciones y límites de la autobiografía”, en Loureiro, Ángel G. (coord. y trad.), *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*. Barcelona, Anthropos, pp. 9-17.
- HERNÁNDEZ JOSEPH, Daniel (2008), “Política migratoria y de control fronterizo de Estados Unidos hacia México y Centroamérica”, en *Revista Enfoques*, año VI, n.º 8, pp. 193-214.
- HERNÁNDEZ QUEZADA, Francisco Javier (2019), “La poesía de Rubén Vizcaíno Valencia: la polisemia de una totalización”, en Hernández Quezada, Francisco Javier, Beltrán Pérez, Julián y Soto Ferrel, Víctor (coords.), *Rubén Vizcaíno Valencia, escritor*. México, Universidad Autónoma de Baja California, México, pp. 37-60
- ILLICH, Fran (2010), *Cira 94*. México, Fondo Editorial Tierra Adentro.
- MORALES, Francisco (2002), *San Ysidro Zone*. Tijuana, Instituto Municipal de Arte y Cultura.
- PALAVERSICH, Diana (2012), “Tijuana en la obra de Federico Campbell, Luis Humberto Crosthwaite, Francisco Morales y Heriberto Yépez”, en *Iberoamericana*, vol. 46, pp. 99-110.
- PEÑATE RIVERO, Julio (2004), “Camino del viaje hacia la literatura”, en Peñate Rivero, Julio (ed.), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*. Madrid, Visor Libros, pp. 13-28.
- RODRÍGUEZ ORTIZ, Roxana (2018), “Tres postales sobre los límites de la hospitalidad en la frontera México-EUA”, en *Revista Iberoamericana*, vol. LXXXIV, n.º 264, pp. 1135-1149. DOI: <<https://doi.org/10.5195/reviberoamer.2018.7681>>.
- ROMERO, Martín (2012), *La ciudad de Aristófenes*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Centro Cultural Tijuana.
- SÁINZ, Pablo Jaime (2009), *Mica chueca*. México, Fondo Editorial Tierra Adentro.
- SARABIA, Carlos Fabián (2006), *Las muchachas sólo quieren divertirse*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Centro Cultural Tijuana.
- SARABIA, Leobardo (2006), *Zona de turbulencia*. Tijuana, Librería El Día / Entrelíneas.

- SARABIA, Leobardo (2015), *Manual de sobrevivencia en la ciudad* T. Ciudad de México, Generación Alternativa.
- TAYLOR HANSEN, Lawrence Douglas (2003), “Los orígenes de la industria maquiladora en México”, en *Comercio Exterior*, vol. 11, pp. 1045-1056.
- VALENZUELA, José Manuel (2012), “De acá de este lado: (des)encuentros y representaciones de la frontera”, en Silva Rodríguez, Graciela y Hernández-G, Manuel de Jesús (eds.), *Chicanos y mexicanos norteños: Bi-Borderlands Dialogues on Literary and Cultural Production*. Ciudad de México, Ediciones Eon / Arizona State University, pp. 170-2017.
- VÉLEZ-IBÁÑEZ, Carlos (2017), “Continuity and Contiguity of the Southwest North America Region: The Dynamics of a Common Political Ecology”, en Vélez-Ibáñez, Carlos y Heyman, Josiah (eds.), *The U.S.-Mexico Transborder Region. Cultural Dynamics and Historical Interaction*. United States of America, The University of Arizona Press, pp. 11-43.
- VIZCAÍNO VALENCIA, Rubén (2017), *Antología poética (1970-1983)*. Ciudad de México, Secretaría de Cultura / Centro Cultural Tijuana.
- WILSON, Thomas y DONNAN, Hasting (2000), *Border Identities. Nation and State at International Frontiers*. Cambridge, Cambridge University Press.
- WOLFZETTEL, Friedrich (2005), “Relato de viaje y estructura mítica”, en Almarcergui Elduyen, Patricia y Romero Tobar, Leonardo (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*. Madrid, Ediciones Akal / Universidad Internacionoal de Andalucía, pp. 10-24.
- YÉPEZ, Heriberto (2006), *Tijuanológias*. Ciudad de México, Universidad Autónoma de Baja California / Libros El Umbral.
- ZÚÑIGA GONZÁLEZ, Víctor Aurelio (2011), “La diversidad de las sociedades fronterizas México/Estados Unidos”, en *Frontera Norte*, vol. 23, n.º 25, pp. 287-295.